



CAPÍTULO III

Primera comunión de Juan María.—Se le destina á los trabajos del campo.—Sus disposiciones para la oración y la virtud.

LA virtud precoz del joven Vianney es tanto más digna de admiración, cuanto que ofrece el contraste más sorprendente con las costumbres generales de la desastrosa época en que crecía en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres. Era en verdad el lirio que florecía entre las espinas.

Hallábase entonces Francia privada de su Clero, y en pocos meses esa privación se había extendido á todas las iglesias; de modo que el culto público había desaparecido casi enteramente. Se hubiera podido decir que era una nación sin Dios, si la fe de los pueblos no hubiese conservado los ejercicios religiosos en el interior de las familias, y en rarísimos santuarios, cuando era posible. Pero la violencia de las persecuciones había ya aflojado algo el 9 *Thermidor*, segundo mes de verano, ó undécimo republicano, y se comenzaba á respirar. A favor de una tolerancia obligada, pero precaria, habían comenzado á reapa-

recer algunos sacerdotes proscritos, aunque con grandes precauciones. Desde principio de Mayo de 1794, la parroquia de Ecully debió á su buena fama el privilegio de dar hospitalidad clandestina á muchos sacerdotes, así regulares como seculares, y á dos religiosas. Estos animosos sacerdotes eran un ginebrino llamado Balley, dos miembros distinguidos de la Congregación de San Sulpicio, señores Boyer y Chaillon, director el uno y el otro mayordomo del gran Seminario de Lyon, y el presbítero Groboz. Las religiosas eran Sor Deville y Sor Combet, del Instituto de San Carlos.

Las principales y más honradas familias de Ecully y de Dardilly se concertaron en aquella época de terror, y se obligaron, bajo profundo secreto, á organizar la defensa del culto y atender á los gastos necesarios para el alimento y custodia de los misioneros. Más de una vez defendieron la vida y el incógnito de esos intrépidos defensores de la fe, valiéndose de mil industrias, imponiéndose costosos sacrificios y corriendo graves y multiplicados peligros. Ávidos de la palabra de Dios, de recibir los Sacramentos y de participar del divino Sacrificio, no se detenían ante ningún peligro, y para cumplir esos deberes se reunían en los bosques y en las heredades más apartadas: esto en la estación de mayor frío, y á grande distancia de la población.

La madre de Juan María asistía á todas esas reuniones, y su hijo la acompañaba muchas veces. Un día halló el señor Groboz al joven Vianney, y, sorprendido de su compostura y rara modestia, se aproximó á él para acariciarle, y luego le preguntó qué edad tenía. «Once años, contestó el jovencito Juan.—

¿Y cuánto tiempo hace que no te confiesas?—Yo no me he confesado jamás.—¿Jamás?» replicó el buen sacerdote. Y dispuso que se confesase en el mismo día, sin duda porque le halló bien preparado y digno del dón de Dios; pues exigió de su madre que le dejase en casa de sus parientes de Ecully, á fin de que pudiese asistir al Catecismo preparatorio para la primera comunión.

Las dos religiosas de que hemos hablado antes tenían á su cargo el catequizar á los niños, y se les recomendó de un modo particular el cuidado de Juan María. El interés con que le atendían era el mejor justificante de sus bellas cualidades, por cuya razón le proponían como modelo á sus pequeños compañeros. Tan visible era su angelical fervor, que muchas veces un sentimiento de envidia les dominaba, y decían: «Mirad allá abajo al joven *Gras* (nombre popular de los Vianney), que sube al cielo con su buen ángel.»

Los aspirantes á la primera comunión pasaban de las manos de las buenas religiosas á las de los misioneros, que los reunían ya en una casa, ya en otra, y siempre de noche, para burlar las sospechas de la policía republicana. Muchas familias respetables de Ecully le ofrecían un asilo para esas reuniones nocturnas, y nadie era más exacto que Juan María para presentarse en el sitio señalado, donde se celebraba el divino Sacrificio entre oscuras sombras, como en los primeros días del Cristianismo.

Nada interesante hemos podido averiguar sobre las circunstancias que acompañaron á la primera comunión del santo niño. Él mismo, siendo Cura de Ars, sólo recordaba que había verificado ese gran

acto de su vida el año 1799, en casa del Conde de Pingeon (1).

Las circunstancias excepcionales, que no nos han permitido hallar más pormenores sobre tan augusta ceremonia, debieron aumentar las piadosas impresiones del joven comulgante. El altar donde se celebraban los divinos misterios, á los que asistían los padres de Juan María y un pequeño número de amigos fieles, se colocaba ordinariamente en una heredad alejada de la población, ó en una habitación alta. El Santo Sacrificio se celebraba antes del alba, y con gran silencio, tomando todas las precauciones necesarias para ocultarse á la mirada sospechosa y á la vigilancia hostil de los enemigos del nombre cristiano. En el misterio que acompañaba á los preliminares de ese gran día, notábase no sé qué fragancia de las Catacumbas: el alma del adolescente sentíase fuertemente conmovida, y los recuerdos de esa primera participación del Pan de los fuertes, precisamente en tiempos de prueba y de apostasia, dejaban en ella una impresión que no era posible borrar. Si las flores de la primera comunión presagian ordinariamente los frutos de la edad madura, debemos creer que el corazón de nuestro Santo fué en ese venturoso día un santuario muy embalsamado para el Divino Esposo.

Cuando Juan María Vianney volvió al seno de su familia, llevando en su corazón y sobre su frente las más gratas impresiones de la edad juvenil, la gracia, que desde su cuna le rodeaba como con una aureola, dándole ya discípulos en los compañeros de su edad,

(1) La noche de Navidad de 1799 tuvo la dicha este bendito niño de recibir á Dios por primera vez.

aumentaba con los años y derramaba sobre su juventud el perfume de la inocencia. Su presencia comunicaba á los que se ponían cerca de él la calma de la pureza; y sabiendo que no debía amar más que á su Dios, jamás manchó su corazón fuente de amor. Pasó de la ignorancia al odio del mal; fué siempre un ángel ó un santo. Le hemos oído decir: «Cuando yo era »joven, no conocía el mal; no he aprendido á conocerle hasta que me senté en el confesionario.»

Sobre su ciega obediencia á cuanto se le mandaba, debemos á su hermana Margarita el testimonio siguiente: «Nuestra madre estaba tan segura de la obediencia de Juan María, que, cuando la afligíamos con nuestra resistencia ó lentitud para ejecutar sus órdenes, no hallaba medio mejor que intimar su cumplimiento á mi hermano, quien obedecía en seguida ciegamente; luego nos lo proponía por modelo, diciéndonos: «¿Veis cómo vuestro hermano obedece sin »quejarse, sin murmurar, sin vacilar y sin detenerse? »Miradle con qué prontitud y docilidad obedece mis »órdenes.»

Nuestro joven Juan María iba ordinariamente á trabajar al campo con las demás personas de la casa. Cuando la tarea era común, prestaba concienzudamente, según la medida de sus fuerzas, su contingente de trabajo, y todo se hacía en paz y amigablemente. Mas un día que había ido á la viña sólo con su hermano Francisco, volvió á casa rendido de cansancio y fatiga por haber querido hacer más que lo que sus fuerzas permitían. Por la noche quejóse el pobre Juan María á su madre, diciéndola que Francisco

trabajaba muy de prisa, y él no podía seguirle. «Francisco, dijo entonces la buena madre: trabaja en »adelante más lentamente, ó de cuando en cuando da »una azadonada á la labor de tu hermano. Bien ves »que es más joven que tú, y más débil: es preciso que »tengas compasión de él. —Mi hermano, respondió »Francisco, no está obligado á hacer tanto como yo. »¿Qué se diría si el primogénito no trabajase más que »el segundo?»

Vamos á referir un incidente bien extraño sobre el trabajo de Juan María, que conocemos por su hermana Margarita. «Una religiosa, dice, arrojada de su »convento por la revolución, se retiró al seno de su »familia, en Dardilly; y al día siguiente regaló á mi »hermano Juan, por el interés que le inspiraba su conocida piedad, una de esas imágenes de la Santísima »Virgen, colocadas en estuche cilíndrico que se abre »ó cierra, según conviene. Este presente vino tan á »tiempo, que mi hermano creyó haber hallado en él »un refuerzo y un auxilio contra la actividad de »Francisco. La primera vez que se les envió juntos á »la viña, antes de comenzar Juan su trabajo, tuvo »cuidado de colocar algunos pasos delante de él su »pequeña efigie de la Virgen; y, según iba aproximándose hacia ella, la suplicaba se dignase ayudarle para alcanzar á su hermano. Llegado á la imagen, »la cogía con devoción y disimulo, la colocaba de »nuevo delante de él, volvía á tomar su azada, oraba, »adelantaba y alcanzaba á Francisco; quien, al volver á casa de noche, confesó con cierto despecho que la Santa Virgen había de seguro ayudado á su »hermanito; porque había sacado tanta tarea como él, »aunque trabajó cuanto pudo para que no le alcanza-

»se. Nuestra madre, como mujer discreta y prudente,
 »se contentó con sonreír, y no dijo una palabra, para
 »no dar ocasión á que el amor propio se interesase.»

Los trabajos de campo, aunque tan continuos como penosos, jamás hacían perder al piadoso joven la presencia de Dios.

Muchas veces decía el Párroco de Ars: «Cuando estaba yo solo en el campo con mi pala ó mi azadón en la mano, oraba en alta voz; mas cuando estaba en compañía de otros, oraba en voz baja.» Bien digna es, por cierto, de considerarse la admirable atención de un niño de trece años, que en sus acciones más laudables temía ya imponerse á los demás y darles ocasión de hallar demasiado entera su piedad.

«Si ahora que yo cultivo las almas, añadía, tuviese el tiempo de pensar en la mía, de orar y meditar, como cuando cultivaba las tierras de mi padre, ¡cuán dichoso y feliz sería! En aquel tiempo tenía al menos algún descanso; después de comer se reposaba algo antes de volver á la obra. Yo me echaba tendido sobre la tierra como los demás, y aparentaba que dormía; pero oraba y suplicaba á Dios, con toda la efusión de mi corazón. ¡Ah! ¡Aquel era el tiempo de verdadera felicidad!»

«¡Qué dichoso era yo, repetía un mes antes de su muerte, cuando no tenía que cuidar más que tres ovejas y mi asno! ¡Pobre asnillo pardo! Ya tenía treinta años cumplidos cuando se murió. En aquel tiempo yo podía orar á toda mi satisfacción; entonces no tenía la cabeza quebrantada como ahora. ¡Era como el agua del arroyo, que no tiene más que seguir su corriente!»

Lo mismo cuando Juan María iba al campo, que

cuando volvía, rezaba siempre alguna oración, ó el Santo Rosario. Si hallaba niños de su edad, les hacía rezar con él, y continuando su camino, les enseñaba el Catecismo. Una tarde que volvía de la viña con su hermano Francisco y una banda de trabajadores, tomó su rosario, y quedándose algunos pasos detrás de los demás, comenzó á rezarle. Apercibióse uno de los viñadores, y dirigiéndose á Francisco en tono burlesco y en voz alta, para que le oyese Juan María, le dijo: «¿No vas tú también á barbotar Padrenuestros con tu hermano?» Francisco se sonrojó un poco; pero nuestro generoso joven, sin perder su serenidad ni responder una palabra, continuó tranquilamente su oración.

Aunque durante el día hubiese estado ocupado en trabajos excesivamente penosos para su edad, se le veía por la noche estudiar á la luz su Catecismo, sus Evangelios y oraciones; y cuando los sabía de memoria, los meditaba con gravedad, y no suspendía su ocupación ó estudiosa aplicación más que cuando, vencido por el sueño, se veía obligado á dar á la naturaleza algún descanso.

No sintiendo el joven Vianney ningún atractivo en las diversiones que los niños de su edad miran como una necesidad y cual derecho adquirido (1), su única distracción en las horas de descanso y recreo era formar con arcilla pequeñas figuras de sacerdotes y religiosas, de candeleros y de altares, rodeados de asistentes en actitud de orar. Aunque él tenía cier-

(1) Sabemos por dos primas de Vianney, contemporáneas suyas y residentes hoy en Dardilly, que jamás se le vió jugar ó divertirse.

to afecto y daba algún valor á esas obras infantiles, no le costaba gran sacrificio abandonarlas. Si sabía, por ejemplo, que iba á decirse una Misa en alguna parte, su primer movimiento era de ir á oirla; pero si se le advertía que su deber era trabajar, no insistía, mas era fácil leer en el rostro la pena que su alma experimentaba. Si entonces le proponía alguno encargarse de su trabajo, á condición de darle sus santitos, los cedía sin hacerse rogar: lo daba todo y corría á oír la Misa.

Veíasele con bastante frecuencia arrodillado en cualquier rincón, con los ojos bajos, el cuerpo inmóvil y abismado en una profunda contemplación. Tan sensible era su devoción, que frecuentemente se le veía derramar lágrimas. Jamás dejaba de hacer una oracioncita de acción de gracias después de Misa, inclinado hacia el altar donde se reserva al Santísimo Sacramento. Luego iba á arrodillarse ante la imagen de la Santísima Virgen, y volvía después á su trabajo con el rostro alegre y el corazón contento.

Durante su ausencia se divertían algunos, ocultándole sus instrumentos de trabajo; prestábase él á la broma con la mayor gracia del mundo, sin impacientarse jamás; pero, fijando su mirada en la actitud ó continente de las personas presentes, llegaba fácilmente á descubrir al autor principal del juego, y entonces le daba las gracias con sumo agrado por haber cuidado de sus útiles de labor, prometiéndole hacer el mismo servicio en la primera ocasión. Con esas maneras tan dulces, amables y afectuosas consiguió hacerse querer de todos.

El recuerdo de los años de su adolescencia, pasados en los trabajos del campo, era tan grato al bien-

aventurado Párroco de Ars, que hablaba de ellos espontáneamente y con verdadero placer en aquellos momentos de cordial y familiar desahogo que le eran tan naturales. «Durante mi juventud—decía—he trabajado la tierra, y no me avergüenzo de eso: no soy más que un campesino ignorante. Y cuando daba el azadonazo sobre la tierra, me decía frecuentemente: «Es necesario también cultivar tu alma; es necesario arrancar de ella la mala hierba, á fin de prepararla para recibir la semilla de nuestro buen Dios.» Así hablaba de sí mismo en su profunda humildad; pero jamás hubo cizaña en aquella alma sencilla é inocente, hecha verdaderamente para Dios, y en la que la ingenuidad, la rectitud, la piedad, la dulzura y la pureza germinaban por sí mismas y se desarrollaban sin esfuerzo, como el producto espontáneo de una naturaleza santamente fecunda

